



Martes, 10 de diciembre de 2013

REDACCIÓN: Modesto Lafuente, 42. 28003 MADRID, Tel.: 91 432 77 66

EL CUERVAS-MONS

por Justo Viladesans

“Quisiera ser Tintín en el país de los soviets”

MIGUEL ARANGUREN
(MADRID, 1970)

Es uno de los escritores españoles que ha publicado a más temprana edad, autor de once novelas, de miles de páginas en la prensa escrita (desde el Grupo Correo hasta los medios de prensa de Intereconomía pasando por Unidad Editorial y la revista ¡Hola!) y responsable del proyecto Excelencia Literaria que desde 2004 promueve la búsqueda de talentos literarios entre los jóvenes españoles.



Si le dijeran que el mundo acaba mañana... ¿qué haría hoy?

Uy, soy demasiado asustadizo. Para no hacerme un ovillo debajo del edredón y esperar, haría una confesión general y me apretaría mucho, pero mucho, a mi mujer y a mis hijos.

Su casa está en llamas, y sólo tiene tiempo para sacar a su perro o al Picasso que cuelga en el salón.

El Picasso estaría vendido mucho antes que las llamas. Así que mi perro se salvaría de acabar como segundo plato de Nochebuena.

Si pudiera trasladarse en una máquina del tiempo a otra vida en otra época, ¿quién querría ser?

Tintín en el país de los soviets. Me encantan los coches y los aviones que allí aparecen, además de la simplicidad del bien y del mal de sus viñetas.

Personaje de ficción al que daría vida.
Garfield, que siempre come caliente.

¿Cómo cree que será España dentro de un siglo?
¿Recuerda los reinos de Taifas?

Tiene 30 segundos para convencer a un alienígena de que no destruya el planeta Tierra.

Vente conmigo, que hoy torea Morante.

Si pudiera llamarse por teléfono a usted mismo cuando tenía 18 años, ¿qué se diría?

Tienes cara de lápiz.

¿En qué ha perdido más el tiempo en su vida?

Sufro de perfeccionismo. Si no escribo, pinto. Si no pinto, esculpo. Si no esculpo, voy a los toros. Si no voy a los toros, es que estoy perdido por Cantabria.

A su lado hay un misil listo para ser disparado.

¿Por qué apretaría el botón rojo?

Para esas cosas, yo como los hippies, salvo que al estallar en el aire suelte una lluvia de chokolatinas.

Digamos que se muere dentro de un minuto.

¿Preferiría que hubiera Dios o que no?

Los minutos no existen porque somos presente. Y Dios no es una cuestión de preferencias, gracias a ídem.

¿Qué pesa más, un kilo de plomo o la conciencia?

Para muchos, el plomo; así nos van las cosas.

TRAFALGARES Y LEPANTOS

Iglesias y sus sindicalistas

Kiko Méndez-Monasterio



Ayer hubo aquelarre socialista y sindical en el cementerio civil, como un Halloween retrasado, y los cargos públicos del PSOE y de la UGT se pusieron todos el disfraz de proletarios. Mucho puño en alto y gritos de viva la república, y luego arengas frente a la tumba de Pablo Iglesias, porque de eso se trataba, de homenajear al fundador de lo suyo.

Lo suyo –lo del POSE y lo de UGT– no ha cambiado mucho desde los tiempos de don Pablo, que les dejó a sus cachorros la receta infalible para el poder: “estaremos en la legalidad mientras la legalidad nos permita adquirir lo que necesitamos; fuera de la legalidad cuando ella no nos permita realizar nuestras aspiraciones”. Pues dicho y hecho, que la historia del socialismo patrio es la aplicación de esa máxima con el celo con el que

En la calle les contemplan como los chicos de la mariscada que sólo trabajan los días de huelga

un benedictino observa su regla monástica.

De hecho lo tienen tan interiorizado que se escandalizan cuando una jueza les pregunta que dónde está la pasta que se han llevado de los Eres. Ayer espantaban el frío madrileño diciendo que todo es una campaña de “acoso y derribo” contra los sindicatos.

Óscar López les daba cariño desde el partido, y los ugetistas se rasgaban allí mismo las vestiduras –todas de marca– gimiendo y llorando, como vestales ultrajadas.

Han sido el cómplice necesario para la laminación de las clases medias, y se arrojan la representación de las más desprotegidas, sin permitir ni siquiera a sus afiliados conocer las cuentas. Alguno incluso se empeñó en poner el toque épico, “para hincarnos de rodillas tendrán que partimos las piernas”, como si el tipo acabase de ver *Las uvas de la ira*, o a lo mejor venía en el coche escuchando a Víctor Manuel. Pero lo cierto es que ya no se los cree nadie, en la calle les contemplan como los chicos del jamón y las mariscadas, aquellos que sólo trabajan los días de huelga.

Este despotismo sin ilustrar ha mantenido sus privilegios durante décadas porque participaba del monopolio de la violencia, porque sólo con levantar la pancarta de guerra se terminaba la paz social. Los Gobiernos de todos los signos pagaban las subvenciones con el mismo entusiasmo con el que los camioneros pagaban a Jimmy Hoffa. Y por eso pretenden que la transparencia suya sea de cristales esmerilados. Porque son la guardia de corps del régimen, son esos animales gordinflones y rosados que lideraban la *Rebelión en la granja* de Orwell. Son *establishment* sin necesidad de corbata. Incluso parece que fomentan ese indisimulado aspecto de haragán, que es la nueva versión de las chaquetas blancas.

Siga en Twitter a @kikomasterio